

Primer Manifiesto del Surrealismo



HANS ARP

HANS ARP (Estramburgo 1886 - Basilea 1966). Poeta, pintor y escultor, escribió indistintamente en francés y alemán. Cofundador del dadaísmo, a partir de 1926, desde París, participa de las actividades del movimiento surrealista. Su obra ha marcado gran influencia en la poesía alemana del presente siglo.

FRAGMENTO III

Con toda justicia, Freud ha centrado su crítica sobre el sueño. Es inadmisiblemente, en efecto, que una parte tan considerable de la actividad psíquica haya retenido tan poco la atención de las gentes hasta ahora, ya que, desde el nacimiento hasta la muerte, no presentando el pensamiento ninguna solución de continuidad, la suma de los momentos de sueño, medidos como tiempo, y no tomando en cuenta sino el sueño puro, en el dormir, no es inferior a la suma de los momentos de realidad. Digamos mejor: de los momentos de vigilia. La extrema diferencia de importancia, de seriedad, que existe para el observador común entre los acontecimientos de la vigilia y los del sueño, me ha sorprendido siempre. Se debe a que el hombre, cuando cesa de dormir, se convierte ante todo en juguete de su memoria. En estado normal, ésta se complace en exponerle muy vagamente las circunstancias del sueño, en privar a este último de toda consecuencia actual, haciendo partir la causa determinante del punto en que se cree haberla dejado algunas horas antes: esta esperanza sólida, aquella preocupación. El hombre se forja así la ilusión de continuar con algo que tiene valor. Queda el sueño limitado a un paréntesis, como la noche. Y no es mejor consejero que ésta. Tan singular estado de cosas merece algunas reflexiones.

1° Dentro de los límites en que se desarrolla (o parece desarrollarse), el sueño se nos presenta como continuo y poseyendo trazas de organización. Sólo la memoria se arroga el derecho de efectuar cortes, de prescindir de las transiciones, ofreciéndonos más bien una serie de sueños que el sueño. De igual modo tenemos a cada instante, de lo real, apariencias distintas, cuya coordinación es privativa de la voluntad. Interesa destacar, pues, que nada hay que nos autorice a admitir en el sueño una mayor disipación de sus elementos constitutivos. Lamento tener que expresarme según una fórmula que, en principio, excluye el sueño. ¿Cuándo habrá lógicos y filósofos durmientes? **Quisiera dormir, para poder entregarme a los que duermen, del mismo modo que me entrego a los que me leen, con los ojos bien abiertos; para acabar con el predominio del ritmo consciente de mi pensamiento en este asunto.** Tal vez mi sueño de la última noche sea continuación del de la noche anterior, y a su vez sea seguido por el de la próxima noche, con un rigor digno de encomio. Todo es posible, como suele decirse. Y como no está de ningún modo probado que al suceder tal cosa, la "realidad" que me ocupa subsista durante el sueño y no se hunda en lo inmemorial, **¿por qué no otorgaré al sueño lo que rehúso a veces a la realidad, es decir, ese valor de certidumbre en sí misma, que, en su oportunidad, no esté expuesto a mi repudio?** ¿Por qué no he de esperar del indicio del sueño más de lo que espero de un grado de conciencia cada día más elevado? ¿No podría aplicarse también el sueño a la solución de los problemas fundamentales de la vida? ¿Se trataría de idénticos problemas en uno y otro caso? ¿Ya estarían planteados esos problemas en el sueño? Está en el sueño menos abrumado de sanciones que todo lo restante? Yo voy envejeciendo y, más que esta realidad a la que me creo constreñido, quizás sea el sueño, la indiferencia en que lo tengo, lo que me hace envejecer.

2° Retomo una vez más el estado de vigilia. Me veo obligado a considerarlo un fenómeno de interferencia. En tal condición el espíritu muestra no solamente una extraña tendencia a la desorientación (es la historia de los lapsus y equivocaciones de toda especie, cuyo secreto comienza a sernos revelado), sino que hasta en su funcionamiento normal parece sólo obedecer a sugerencias procedentes de esa noche profunda con la que lo vinculo. Por firme que parezca, el equilibrio del

espíritu es relativo. Apenas se atreve a opinar, y si lo hace, es para limitarse a comprobar que determinada idea o determinada mujer lo **impresiona**. Especificar qué clase de impresión sea, no puede hacerlo, dando con ello tan sólo la medida de su subjetivismo. Esa idea, esa mujer lo perturban, inclinándolo a una menor severidad; el resultado es que lo aíslan por un segundo de su disolvente y lo depositan en el cielo, tal vez como un hermoso precipitado, que sin duda es. No sabiendo qué hacer, invoca entonces el azar, divinidad más oscura que las otras, a la que endosa todos sus extravíos. ¿Quién me asegura que el ángulo bajo el cual se presenta esa idea que lo conmueve, o lo que lo entusiasma en los ojos de esa mujer, no sea precisamente lo que lo une a su sueño, lo que lo encadena a datos perdidos por su culpa? Y si no fuera así, ¿De qué cosas sería capaz? Quisiera entregarle la llave de ese corredor.

3° El espíritu del que sueña se satisface ampliamente con cuanto le ocurre. El angustioso dilema de la posibilidad ya no se plantea. Mata, vuela más velozmente, ama todo lo que quieras, y si mueres, ¿no estás seguro de que despertarás de entre los muertos? Déjate llevar; los acontecimientos no admite que los postergues. ¿Qué razón, pregunto, qué razón de mayor magnitud que otra confiere al sueño esa actitud natural y me hace acoger sin reservas una multitud de episodios cuya singularidad me fulminaría en el momento en que escribo? y sin embargo tengo que creer a mis ojos, a mis oídos: ha llegado el hermoso día, la bestia ha hablado.

Si el despertar del hombre es más duro, si se rompe demasiado bien el encanto, se debe a que lo han impulsado a forjarse una pobre idea de la explicación.

4° Desde el momento en que se lo someta a un examen metódico y en que -por medios que habrán de determinarse- se logre tener idea del sueño en su totalidad (lo que presupone una disciplina de la memoria que exigirá muchas generaciones; comencemos, con todo, por registrar ahora los hechos salientes), en que su curva se desarrolle con regularidad y amplitud sin precedentes, se puede esperar que desaparezcan los misterios que no existen para dar lugar al Gran Misterio. Yo creo firmemente en la fusión futura de esos dos estados, aparentemente tan contradictorios: el sueño y la realidad, en una especie de realidad absoluta, de **superrealidad**. A su conquista me encamino, seguro de no lograrla, pero con la suficiente indiferencia hacia mi muerte como para calcular un poco el placer de tal posesión.

Se cuenta de Saint-Pol-Roux que todos los días, en el momento de irse a dormir, hacía colocar en la puerta de su residencia de Camaret un letrero en el que se leía: EL POETA TRABAJA.

Habría aún mucho que decir, pero he querido sólo rozar de paso un tema que requeriría por sí solo una exposición demasiado extensa y un rigor más estricto; ya volverá sobre él. Aquí fue mi intención tan sólo poner en claro el odio hacia lo maravilloso y el deseo de ridiculizarlo que corroe a ciertos hombres. Terminemos de una vez: lo maravilloso es siempre bello, cualquier especie de maravilloso es bello, y no hay nada fuera de lo maravilloso que sea bello.

CONTINUARÁ

Tomado de "Manifiesto del Surrealismo".
Ed. Argonauta-Allianza Francesa. Buenos Aires (Argentina)